

EL MISTERIO TRINITARIO EN LA



ANTROPOLOGIA CRISTIANA

Eugenio M.^a Recio, S. I.

NO creo aventurado afirmar que para muchos cristianos, auténticos cristianos, el dogma trinitario carece de interés vital. En la problemática quizás inquieta de su visión cristiana de la vida y del propio ser, no entran los datos de este misterio con su punzante interrogación.

Apelo a la propia vivencia. De ningún modo quiero admitir que se pueda dar una existencia cristiana que ignore lo que significan distintamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y que prescinda en absoluto de esa distinción, en sus relaciones vitales con la divinidad. Existen personas espirituales que viven en la propia interioridad —filia-ción e inhabitación— los emocionantes misterios de la presencia de las Personas divinas sin caer en la cuenta de su fundamentación en la vida trinitaria, y consideran lejano el misterio e inoperante en la esfera religiosa perso-

nal. Por una especie de temor al vértigo intelectual, muchas veces por pereza y algunas otras por una cierta soberbia larvada, nos contentamos con los datos elementales que nos recuerda el credo sobre la Trinidad sin penetrar en su contenido, imposibilitando así que pueda encontrar resonancia en nuestra vivencia religiosa.

Necesidad de lo trinitario en la vida cristiana.

Esta actitud inhibicionista o indiferente me parece sencillamente monstruosa en un cristiano, con una monstruosidad de tipo biológico-espiritual. Porque la base de tal religiosidad, su Dios, puede ser frecuentemente un ser irreal: el Dios, ente absoluto y necesario descubierto por la filosofía, pero eliminado prácticamente de la realidad por el que se niegue a admitir lo que nos dice de El la Revelación. Sólo hay

un Dios que es ser necesario y absoluto, pero que es también principalmente y con más propiedad, plenitud vivificante que se comunica a tres Personas en unidad indestructible.

No podemos dudar de la superioridad objetiva que tiene el dato revelado, a pesar de su opacidad, sobre los constitutivos que encuentra nuestra razón en la Esencia divina a partir del solo conocimiento por las criaturas. La monstruosidad estaría en que nuestra interioridad religiosa vibrara más con esas incompletas panorámicas metafísicas que con la visión vertical totalizante que nos ha comunicado el mismo Dios, elevando radicalmente nuestro instrumental cognoscitivo.

Sin duda, la experiencia de la propia contingencia, con sus mortificantes inestabilidades y sus apetencias siempre insatisfechas, nos hace llegar con intensa emoción, y descansar fatigados, en ese ser segurísimo, que es siempre el mismo sin aburrir, y da intemporalmente sin agotarse. Imposible negar que la metafísica da su respuesta, en una dimensión muy humana, a la pregunta del hombre.

Pero la respuesta de la Revelación es mucho más profunda y total porque incluyendo todas las posibilidades antropológicas de un plano natural, nos introduce al mismo tiempo en la esfera de lo divino.

Aportaciones de lo trinitario al estudio del ser.

En la Trinidad Dios se nos descubre en la expresión más perfecta del propio ser. Su constitutivo esencial, lo que le hace ser lo que es, es esa plenitud comunicativa que sin dividir su unidad substancial se realiza en tres Personas realmente distintas. A la luz de lo que por Revelación sabemos que constituye la vida divina, deducimos que el dinamismo procreador es uno de los elementos que integran la definición de la vida (1).

(1) Claro que habría que entender tal dinamismo procreador en un sentido amplio, no

Esta aportación que el conocimiento de lo trinitario logra en orden a la explicación más profunda de lo que es la vida, se quedaría en el campo de lo puramente analógico, mientras que hay algo en la Trinidad que afecta a nuestra antropología mucho más directamente. Sólo en su luz podemos conocer plenamente nuestro ser sobrenatural. El conocimiento, pues, del misterio trinitario se nos presenta como una necesidad subjetiva para el conocimiento de nuestro ser.

Nuestro ser sobrenatural radica en este misterio.

En la vida trinitaria encontraremos el origen de nuestra elevación sobrenatural. En nuestro ser, radicalmente ligado a Dios, podemos considerar dos aspectos. En cuanto que ese ser es efecto del Creador, y, por tanto, su imagen, tenemos una relación natural a Dios, un conocimiento metafísico de Dios y un destino a la felicidad pero en la limitada esfera de lo que *exigen* nuestras facultades. Y otro aspecto, posible, pero *no exigido* por nuestra naturaleza, el de la relación con Dios como El es en sí mismo, la relación con el Dios trinitario al que sólo podemos conocer por una iniciativa totalmente gratuita y personal de Dios y al que poseeremos en una bienaventuranza que será participación del mismo gozo infinito con que Dios es feliz. Este segundo aspecto es el sobrenatural, el auténticamente cristiano en la economía actual, el que gratuitamente nos ha concedido Dios. Tal aspecto representa para el contingente la posibilidad de ser más en sí

reduciéndolo a lo biológico (si se toma lo biológico exclusivamente, la procreación no se podría llamar con propiedad acción humana ni, por tanto, expresión de una persona, de un «yo»), sino incluyendo todo cuanto en el hombre signifique expresión del propio ser, afirmación vital del propio ser, es decir, que habría que considerar la procreación en la esfera pneumática o espiritual: producciones científicas, acción espiritual transmisora de vida divina por los sacramentos o por simple apostolado, etc.

mismo y según la propia esencia, que siempre se definirá en función de Dios (2).

Nos jugamos, pues, nuestra autenticidad esencial en la posición que tomemos ante este misterio. La Trinidad es el medio vital que penetra toda la vida cristiana. Aunque para vivir estrictamente como cristiano no se requiera una toma de conciencia de tales relaciones vivificantes, su estudio se hace imprescindible para el que está intelectualmente amenazado de semirracionalismo (3) y sumamente provechoso para el que quiera tener una visión unitaria, orgánica, de su dinamismo religioso y poder asimilar con más plenitud la vida divina.

El que ha reflexionado sobre este misterio tendrá la impresión del que después de leer muchas veces, sin ninguna preocupación trinitaria, los Evangelios, sobre todo el de San Juan, los lee de nuevo buscando reflejamente lo que Cristo vivió y nos dijo de sus relaciones con el Padre y el Espíritu Santo.

Colisión entre Psicología y Teología.

No podemos negar que hay una dificultad de tipo psicológico, a causa de la estructura de nuestras facultades espirituales, cuando nos enfrentamos fenomenológicamente con las exigencias de una vida trinitaria.

Nos parece que se nos exige una actitud artificial, insincera. La teología nos dice que el obrar transcendente de Dios es común a las tres divinas Personas, procede de un solo principio. ¿Por qué, entonces, pedir concretamente al Espíritu Santo lo que tendrá que conceder la Trinidad indiferenciada en una única operación común? Parecería, pues, más propio dirigirse a

Dios en una invocación que sólo implícitamente comprendiera a las tres Personas, en cuanto constituyen esencialmente ese Dios con quien hablamos.

Una respuesta de tipo racional y otra, la única decisiva, sugerida por un sentido teológico estricto, iluminarán la aparente paradoja.

Supuesta la necesidad de que los cristianos vivamos vida trinitaria, psicológicamente es imposible suscitar esa vivencia y mantenerla si no hay una relación personal con cada Persona como contradistinta de las otras. Además de que por el especial relieve que por la encarnación tiene para nosotros la Persona del Hijo se correría el gravísimo riesgo de que quedara casi totalmente ofuscada la presencia de las otras Personas. Lo que parecía, pues, oponerse a nuestra estructura mental vemos que responde a una necesidad de la misma.

Esta es la razón de lo que en tecnicismo teológico se llaman "apropiaciones", es decir: referir a una Persona como propio lo que es común a las tres divinas Personas (4).

Pero la solución definitiva de la dificultad la encontramos en la pedagogía de Jesús. El mismo nos enseñó a invocar a Dios como Padre y además de prometernos la infusión del Espíritu Santo con sus declaraciones sobre lo que significa para nosotros la tercera Persona, en este orden de la "apropiación", nos impulsó eficaz y energicamente a dirigirnos a esa tercera Persona en instante e íntima plegaria. Lo mismo el Padre que el Hijo y el Espíritu Santo despliegan una providencia amorosa y diligente, *paternal*, sobre los seres creados, y sin embargo, ni al Espíritu Santo ni a El mismo, quiso Jesús

(2) E. MERSCH, *La Theologie du Corps Mystique*, 2 p. 172 ss., y J. M. SCHEEBEN, *Los Misterios del Cristianismo*, p. 152 ss.

(3) La tendencia a buscar para todo una explicación que satisfaga evidentemente a la razón sólo podrá contrarrestarse insistiendo en aquellos misterios que son absolutamente inalcanzables por la luz natural.

(4) El fundamento de las apropiaciones está en la especial relación que una actividad determinada tiene con el carácter particular de una persona, v. gr., el amor con respecto al Espíritu Santo. Cuando Dios ama a los hombres aman las tres divinas Personas y sin embargo las obras del amor se refieren a la tercera Persona porque es el amor del Padre y del Hijo.

que llamáramos Padre (5). Las tres divinas Personas santifican por igual el alma del cristiano y comunican vida divina al Cuerpo místico, pero Jesús siempre refirió esta función al Espíritu Santo.

La lección de Jesús fué recogida dócilmente por la tradición cristiana y se ha hecho vivencia en la Iglesia esa matización ternaria con que se actualizan nuestras relaciones con Dios lo mismo en la invocación que en la gozosa acogida de los dones sagrados.

Algunos teólogos han visto todavía una significación más profunda y creen que la pedagogía de Jesús corresponde a una exigencia óptica de nuestra personalidad cristiana. Incorporados a Cristo en una unidad vivificadora entramos a formar parte de la esfera del Verbo en un sentido propio y peculiar y, por tanto, en alguna forma entramos en la vida íntima de Dios. E. Mersch (6) distingue cuidadosamente la acción de la encarnación, que como obra ad extra es trinitaria —el “devenir” de nuestro ser cristiano— y el estado subsiguiente del hijo adoptivo de Dios que participa de la naturaleza divina, de un modo accidental pero real, por la gracia santificante. En este estado posterior, en esta permanencia, nos ve ligados concretamente al Verbo de forma que por estar incorporados en El, nos relacionamos con el Padre como hijos, pues el Verbo es Hijo del Padre, y con el Espíritu Santo nos relacionamos en cuanto el Verbo forma un único principio con el Padre para expirarle (así se llama a la operación que origina la tercera Persona).

El desarrollo posterior que haremos de estas ideas corroborarán esa profunda diferenciación de nuestra íntima estructura interior en su relación con las divinas Personas.

(5) «A nadie llaméis vuestro padre sobre la tierra porque uno es vuestro Padre, el celestial» Mt 23,9.

(6) o. c. p. 66, 121.

La revelación trinitaria como plenitud existencial

El hombre experimenta una emoción inconfundible cuando penetra en la interioridad de otra persona. Es un descubrimiento siempre penumbroso pero admite gradaciones de luz. Sólo cuando empezamos a penetrar en ese interior empezamos a amar a tal ser como persona (puede existir un amor sensible, periférico, que es más instintivo que amor personal) y surge la amistad con su exigencia de entrega, en una forma o en otra, según el término de que se trate.

Dios al revelarnos el misterio de su ser íntimo nos llama a esa amistad. Ya hemos hablado del avance radical que ha dado nuestro conocimiento al pasar del Dios de la filosofía al Dios de la Revelación. Hemos sentido, sobrecogidos reverencialmente —como cuando un médico palpa un corazón que late— la proximidad de la vida divina que nos hizo reflexionar sobre los constitutivos integrales de nuestra propia existencia vital. Este escalofriante acercamiento de Dios no podemos concretarlo a un plano meramente cognoscitivo. No podemos seccionar la unidad existencial del ser espiritual. La Revelación es algo más que una mera comunicación de conocimientos, lo gnoseológico es un aspecto de una comunicación de vida a un ser inteligente. El Verbo se nos presenta como algo sensible, es un hombre que habla y trabaja y sus formulaciones —su Mensaje— encuentran resonancia vital cuando hay en nosotros una simpatía estructural con El. Dios nos ha descubierto su personalidad, su ser más íntimo, en un acto de libérrima generosidad. Dios nos llama así a una intuición inmediata de ese ser que penumbrosamente se nos descubre por la fe pero que nos arrastra sin descanso hacia un conocimiento más completo, hacia una verdadera visión. Y surge la pregunta ¿sería posible una Revelación de tal misterio, en un orden intelectual exclusivamente, sin una elevación ontológica a la vida de hijos de Dios que

hiciera posible la amistad? Es aterrador pensar en la posibilidad de una respuesta afirmativa. Si pudiéramos conocer la vida íntima de Dios sin poder participar de ella, se abriría un abismo en nuestra psicología, porque a la aspiración a una felicidad muy superior a la meramente natural —aspiración que nacería de nuestro conocimiento elevado sobrenaturalmente hasta penetrar en la verdadera intimidad de Dios— se opondría un “no” absoluto: la imposibilidad de conseguir esa felicidad superior; ya que sin una elevación en el orden mismo de la existencia, a la vida de hijos de Dios, no estaríamos proporcionados ontológicamente a participar y heredar los bienes específicamente divinos. Pero la realidad sublime nos aleja de lo hipotético.

El misterio trinitario, lo medular del Mensaje de Jesús, nos ha introducido en lo más profundo de nuestra existencia cristiana.

La radicación última de nuestra filiación divina.

Nuestro contacto con la divinidad, en la actual economía de la salvación se realiza ontológicamente en Cristo. Se hace posible en la encarnación —sólo se hizo hombre la segunda Persona: el Hijo— y se realiza en el bautismo. La unión permanente con el Hijo (no en el “devenir” que, como dijimos es común a las tres Personas) tiene, pues, una significación decisiva en nuestra vida religiosa: en el Hijo, los hombres somos hechos hijos del Padre. Formulación sencilla, pero de contenido trascendente.

Todos tenemos la experiencia inmediata, llena de recuerdos, de la tensión peculiar que en el orden humano une la doble polaridad padre-hijo. Al querer trasladar al plano sobrenatural el contenido psicológico de tal vivencia nos vemos naturalmente inclinados a buscar el fundamento óptico de nuestra filiación adoptiva en el mismo Dios, es decir en su misterio trinitario.

La generación del Hijo (7) hace concebible el ideal de otra comunicación menos radical —Cristo es irrepetible— pero auténtica: Dios determinó que los elegidos reproduzcan la imagen de su Hijo, Rom 8,29.

La infinita complacencia del Padre en el Hijo fué además el motivo que impulsó al Padre a multiplicar su imagen creando —S. Pablo la llama “nueva creación”, 2Cor 5,17— otras imágenes cuyas aunque no propiamente réplicas iguales, que en tal grado sólo podía haber una, el Hijo suyo natural, imagen idéntica en perfección infinita, del Padre. La generación eterna del Hijo nos da, por tanto, la clave para entender nuestra propia filiación. Por eso en el Evangelio las relaciones del cristiano con la Trinidad se presentan predominantemente a través de lo que caracteriza la actitud filial. Al creer en el Hijo, e incorporarnos en el Hijo, quiere el Padre que nos reconozcamos también como hijos suyos, porque lo somos por haber sido injertados místicamente en su Unigénito, que no sólo en cuanto Dios, sino aún como poseedor de la naturaleza humana es también *Hijo* natural del Padre.

Esta radical relación nuestra con el Hijo tiene además una importante proyección en un orden que vamos a llamar sapiencial para no estrecharlo en los límites de lo puramente *intelectivo*.

Porque el Hijo es en cuanto imagen substancial del Padre, su Verbo, tiene una función fundamentalmente iluminadora (8). Esta luz no puede oscurecerse totalmente al asumir nuestra humana naturaleza y por eso todo Jesús era en cierto modo revelación. El cristiano encuentra así un nuevo medio de conocimiento (9), que se realiza inte-

(7) Lo esencial del concepto de generación es que un viviente proceda de otro viviente con una naturaleza semejante; por tanto, no implica ninguna referencia a lo biológico-corporal.

(8) Todo verbo es esencialmente idea y comunicación de idea, que es lo mismo que comunicación de luz.

(9) E. MERSCH, que nos ha sugerido estas reflexiones, lo llama «conocimiento por unión».

riormente por una cuasi connaturalidad y que hace posible la resonancia interior de las fórmulas doctrinales portadoras del mensaje concreto de Jesús. En el orden humano es también la mayor o menor afinidad psicológica la que hace posible una comunicación mayor o menor entre los hombres.

Es un nuevo aspecto muy sugestivo de nuestra filiación en Cristo. La íntima identificación con Cristo que nuestra adopción filial lleva consigo nos pone en contacto con un mensaje cuyo contenido no se nos da de modo abstracto sino por y en la comunión vivificante con el mismo que es objeto de ese mensaje: con el Hijo del Padre: Jesús persona. Cristo nos habla así desde dentro y desde fuera. Sus palabras son espíritu y vida porque son la proyección exterior de la vida interior en Cristo.

Si vivimos nuestra condición de hijos, con confianza total en el Padre, como nos enseñó Jesús, adquiriremos un sentido vivo y un conocimiento experimental de la Trinidad. La infancia espiritual es la adaptación psicológica y ontológica al mensaje de Dios en cuanto Hijo, es un acceso para un conocimiento interno de este mensaje, por simpatía y connaturalidad o por incorporación interna en el Hijo y profundización en el "yo" cristiano (10).

La unidad, categoría trinitaria radical.

Un hecho histórico de vigencia supratemporal, la Encarnación, ha mostrado el origen de lo que podríamos llamar nuestra dimensión trinitaria, haciéndonos participar de la vida del Hijo con su matización genuina, cognoscitivo-sapiencial, de Verbo del Padre.

Otro hecho histórico, Pentecostés, perpetuado en el sacramento de la confirmación, nos puede representar plásticamente la fase suprema de nuestra vida consagrada al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. La acción de la

tercera Persona se moverá principalmente en la esfera de lo volitivo-social y por eso será unificante.

Digo que se trata de una fase suprema porque representa una profundización en nuestro ser filial y no un camino distinto del que empezamos a recorrer en el Hijo. S. Pablo dice que es el Espíritu Santo el que nos hace clamar al Padre, Rom. 8,15. Como sólo en el Hijo encarnado tenemos acceso al Padre, sólo por El poseemos al Espíritu los que somos extensión mística de Cristo.

A la relación que apuntamos anteriormente entre la generación del Hijo y nuestra adopción —ella nos daba el ideal— hay que añadir ahora la relación entre el modo con que el Espíritu Santo se origina del Padre y del Hijo y nuestro modo de ser. Esa relación nos descubre, entre el Padre y el Hijo de una parte y el Espíritu Santo de otra, un modo de entrega amorosa que no lleva consigo, en su concepto formal, comunicación de naturaleza. Hay también, por tanto, un modelo de o para nuestro ser filial en la tercera Persona.

Tenemos que reconocer, sin embargo, que nuestra relación con el Espíritu Santo no aparece tan nítida como la que hemos explicado con respecto al Hijo.

Aunque se trata indiscutiblemente de una actividad transcendente, la Escritura y la Tradición atribuyen paralelamente al Espíritu Santo el nacimiento y vida de la Iglesia y el nacimiento y vida de Jesús. Esta insistencia acusa un aspecto especial e implica una significación real e importante, un carácter específico personal. Jesús, además, al hablarnos del Espíritu Santo insistió en el sentido de don, de entrega cordial, de donación graciosa y la Iglesia lo consideró desde el principio, colectiva e individualmente, como algo muy propio. Para los primeros cristianos era como la atmósfera en que respiraban, por eso a veces es difícil discernir en sus expresiones si al hablar del espíritu se refieren a la tercera Persona

(10) E. MERSCH, o. c. p. 114.

trinitaria o al espíritu —don— cristiano.

A la luz de la Revelación podemos considerar al Espíritu Santo como el "sello" de nuestra filiación adoptiva (11). Su concreta presencia en el alma justificada por la gracia le da un realce especial que la hace más agradable al Padre y más parecida al Hijo. Por ser en la vida trinitaria el término de un único principio en que actúan indiferenciadamente el Padre y el Hijo, es el Espíritu Santo expresión de una actividad que unifica, y en correspondencia a esta su función inmanente se considera que al habitar en la humanidad se posesiona de ella para unirla a las otras Personas, de modo que en el Espíritu Santo nos poseen el Padre y el Hijo.

No se trata de un círculo vicioso sino de un avance en el que podemos distinguir un orden que no exige sucesión temporal. La santificación previa e imprescindible del templo en el momento de su consagración recibe nueva santidad del Sacrificio que en él se consume. El bautismo nos consagra incorporándonos a Cristo por la participación de la gracia creada que recibimos de su plenitud, y esta santidad es disposición que nos constituye troncos de esa presencia divina esplendorosa que consume nuestra vida en Dios. A la unión vital con el Espíritu Santo se le atribuye nuestra justificación que, por tanto, no sólo viene de la justicia que Dios crea en nosotros sino también por la justicia por la que Dios es justo (12) que es su misma Esencia inabitante en nuestra alma. El carácter específico del sacramento de la confirmación opera precisamente en esta línea completando la acción del Espíritu Santo en el desarrollo vital del cristiano.

Esta función unificante atribuida al Espíritu Santo trasciende la dimensión

(11) «Los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» Rom 8, 14. «Recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es prenda de nuestra herencia celestial» Ef 1, 13-14.

(12) J. M. SCHEEBEN o. c. p. 665.

individual para proyectarse también sobre la colectividad cristiana. Como en el ámbito trinitario, también en el Cuerpo místico la tercera Persona es vínculo y consumación de unidad. El pone en el organismo sobrenatural el principio de su crecimiento. Las palabras de Jesús pidiendo que todos los cristianos sean una misma cosa, Lc 17, 20-23, tenían el sentido de una unidad mucho más profunda que la mera unión de los miembros de una sociedad. Como dentro de la Trinidad hay tres Personas distintas y una sola vida, los cristianos sin perder nuestra distinción personal hemos de vivir íntimamente compenetrados como los miembros de un único organismo vivo. Responden a una exigencia de la vida trinitaria comunicada a los cristianos. Por eso resulta trágica la visión de una cristiandad dilacerada, no tanto por el peligro de dar a los enemigos de la Iglesia un argumento contra su autenticidad, Jo 17,21, cuanto porque sería síntoma de que faltaba la verdadera vida, la presencia del Amor Personal en nuestra sociedad religiosa, o por lo menos, diagnosticaría una patológica desarticulación entre nuestra psicología social y su principio vivificador.

El cristiano revelación trinitaria.

Al hablar de la Santísima Trinidad como principio fontal de nuestro ser cristiano hay peligro de que nos imaginemos una acción que dió origen a ese ser y que ya no actúa más sobre él, porque éste puede existir con sus propios medios. Sería tan erróneo como creer que después de la creación somos autárquicos. Nuestro organismo cristiano necesita de la acción continuada, siempre actual, de las tres Personas, como necesita nuestra contingencia de la acción conservativa del Ser Necesario.

¡Escalofriante y consoladora realidad! Vivimos en la esfera de esa vida inagotable del Dios tripersonal, sometidos a su influjo continuo, aunque imperceptible, como el de las constelaciones radioactivas que nos rodean.

Sobre la vivencia del contingente, religado a Dios en su totalidad en cuanto al ser y el obrar, el cristiano tiene que sentirse invadido por ese Dios que es su Padre, su Sabiduría y su Amor.

El misterio de la vida divina ha irrumpido en el tiempo, saliendo de su intimidad eternamente fecunda para introducir en ella a sus criaturas. La conciencia de este fenómeno supone un enriquecimiento substancial en nuestra vital relación con Dios. Es una fundamentación transformadora de nuestra contingencia.

Tenemos que sentirnos viviendo en la segunda Persona divina: en el Hijo que nos comunica la actitud filial hacia el Padre y la participación del Amor Personal de Dios.

La conciencia refleja de esta realidad nos hará revelación viviente del ser auténtico de Dios. Esta fué la misión de Jesucristo y nosotros somos sus continuadores.

En nuestra vida cristiana, los hombres, nuestros hermanos, han de conocer que ese Dios de quien ontológicamente depende todo lo creado, es plenitud vital que se comunica paternalmente (Dios-Padre) como revelación (Dios-Hijo) y amor substanciales (Dios-Espíritu Santo). Colaboraremos así a salvar el hiato entre el mundo abstracto del conocer y la realidad psicológica. Y como Cristo cumpliremos nuestra misión de revelar el ser de Dios vitalmente.

